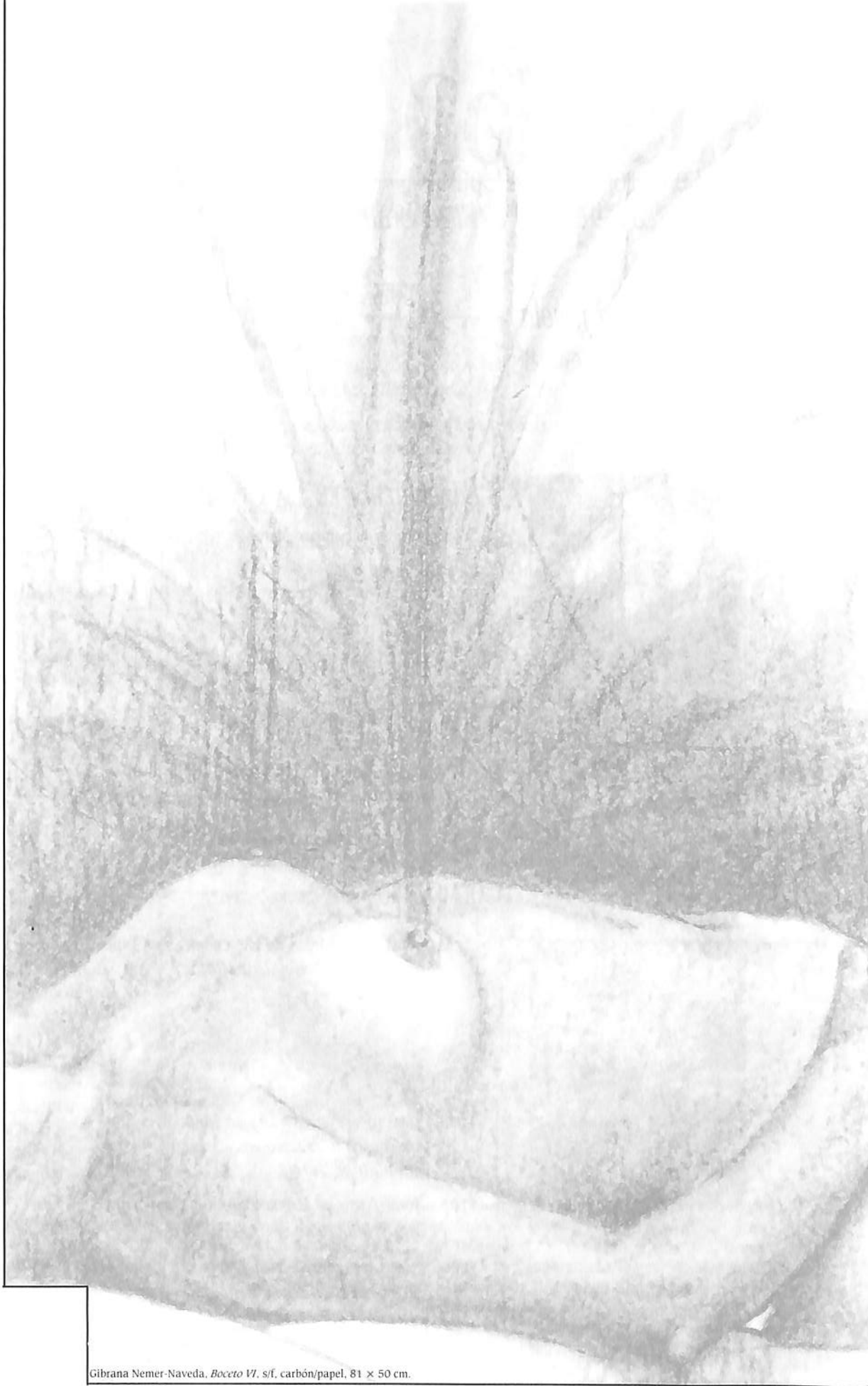


AGUIJÓN



Gibrana Nemer-Naveda, *Boceto VI*, s/f, carbón/papel, 81 × 50 cm.

FILOSOFÍA Y LITERATURA. APROXIMACIÓN AL VALOR COGNITIVO DE LA LITERATURA

INTRODUCCIÓN

Stefano Benni inicia su artículo "Filosofia e comicità" (2001) de una manera que puede ser adecuada también para empezar estas líneas sobre filosofía y literatura. Benni menciona que solemos pasar la mitad de nuestro tiempo burlándonos de aquello en que los otros creen, y la otra mitad creyendo en lo que para otros es motivo de burla. No cabe duda de que en esta forma de iniciar su escrito, Benni se sirve de un recurso literario para dar realce a la cuestión que quiere exponernos; en otras palabras, no podemos limitarnos a leer literalmente sus afirmaciones, porque la vida no se reduce solamente a estas dos actividades. Sin embargo, son significativas para nuestro propósito las consideraciones que este autor nos presenta más adelante. Relata que después de haber escrito la primera frase se preguntó a sí mismo si la había escrito con entonación cómica o filosófica; se interroga también si en ella prevalecía una emancipación irónica o una reflexión melancólica, y si lo que en realidad buscaba con esta frase era cerrar una discusión con una risotada o, por el contrario, tomarla con seriedad; se cuestiona igualmente si como escritor se ubica en



el exorcismo cómico —en nuestro caso podríamos también decir literario— o en la acuciosidad filosófica; y finalmente inquiere cuál emoción le estimula a todo esto.

Benni se responde que tal vez no se trata de otra cosa sino de la ambivalente emoción que consiste en desear que sus sentimientos sean comprendidos, pero mezclada con la probable desilusión que sentiría al constatar que éstos fuesen ignorados. Al mismo tiempo, se da cuenta de que el entusiasmo de las discusiones sobre estos tópicos es igualmente familiar tanto al ánimo del filósofo como al del ironista; y así, llega a la conclusión de que lo que ha escrito pertenece a los dos opuestos citados: incumbe al punto en que las dos formas de pensar, los dos mundos, disciplinas y gramáticas se tocan. Sin embargo, le es difícil distinguir con certeza si el contacto, el acercamiento entre lo divergente es genético o innatural, si es querido por quien escribe o es casual, si es fruto de la emoción o de la reflexión o del encuentro de ambas. Sólo puede decir que la manera de empezar su escrito está diri-

gida al esfuerzo que es común a la filosofía y a la representación cómica.

En efecto, el planteamiento de la relación entre filosofía y comicidad que hace Benni mueve a repensar la relación entre tantas otras disciplinas que se han considerado casi exclusivamente en su especificidad, a veces logrando distinguirla, otras sólo suponiéndola o simplemente deseándola.

La cuestión planteada tiene amplias posibilidades de desarrollo y expresa una necesidad sentida sobre todo en nuestros tiempos en que el prefijo *post* o *pos* es muy repetido. Si hay algo de cierto en nuestros días en que todo lo que parecía sólido se desvanece en el aire, habría que reconsiderar, entre otras cosas, el concepto de filosofía como reino de la reflexión, porque se empieza a tomar en cuenta que esta última no es exclusiva de la filosofía, como lo ha sugerido hasta hace poco la dicotomía razón / sentimiento; cada vez más, nos damos cuenta de la pluralidad y complejidad de nuestros modos de pensar. En este sentido habría que ver por qué en las últimas décadas se ha hablado del fin de la filosofía,¹ y en no pocos casos se tiende la mirada hacia la poesía.

Para empezar, podríamos decir que el interés por lo literario no tiene por qué significar un apresurado abandono del modelo de discurso racional —considerado hasta ahora como característico de la filosofía—, sino que se trata más bien del acceso a un punto de vista más dilatado: de la necesidad de una reflexión sobre los efectos de las delimitaciones disciplinarias, a veces porfiadas, que han motivado lo que ahora se expresa en la docencia con apremio mediante conceptos como los de “formación integral” o “transversalidad”, con los que se propicia la relación entre disciplinas y, sobre todo, se toma en cuenta la complejidad del auto-conocimiento y del conocimiento de cuanto nos rodea.

1 Como ejemplo pueden verse los ensayos de Lucio Coletti (1996).

Hoy en día, la actividad de filósofos, escritores y críticos de la literatura transcurre según pautas relativamente independientes. En los trabajos académicos se demanda celosamente desarrollar lo específico de la disciplina de que se trata y se exige evitar la contaminación con lo que pertenece a otros campos. Esto obedece sin duda, en la mayoría de los casos, a la inopia de administradores, pero también en parte a las políticas que terminaron por privilegiar la especialización en el conocimiento, lo que condujo a su vez a la bifurcación de visiones y, sobre todo, a la pretensión de la autonomía disciplinaria. Hoy nos es difícil pensar las relaciones no sólo entre las diferentes disciplinas, sino también entre las teorías, al igual que las relaciones entre lo teórico y lo práctico. De aquí se origina la necesidad de reconsiderar tanto la efectiva o supuesta demarcación de los discursos disciplinarios como, principalmente, su finalidad. Debemos sopesar las ventajas o desventajas de seguir trabajándolos sólo bajo las directrices de su lógica interna y postulados propios. Hay que tomar en cuenta sus alcances y su necesidad de complementación con otros.

La cuestión es delicada y apremiante. La existencia simultánea de distintos sistemas de valor, así como de interpretaciones de "lo real" en concurrencia ha creado una nueva torre de Babel que demanda, al menos y en primera instancia, estrategias argumentativas flexibles que puedan establecer algún tipo de concomitancia con proyectos razonables de vida. En otras palabras, la limitación formativa a lo que entendemos como campos disciplinarios es fuente de problemas no sólo para los especialistas que encuentran dificultades para desenvolverse en circunstancias diferentes a las que viven en sus ámbitos de trabajo —en la convivencia social, en el espacio familiar—, es también un problema, y de mayor envergadura, en la docencia, donde se acentúa la formación específica, pero sin cuidar la complementación que capacite al alumno —al menos eso se observa en los estu-

dios de licenciatura— para adentrarse en la complejidad de la vida. En este propósito hay que tomar en cuenta que cualquier conocimiento es algo que logra el hombre, en primer lugar, para vivir mejor. El problema consiste también en que en nuestros tiempos esta finalidad tiende a diluirse, tal vez y en gran medida de manera inconsciente en la inebriante ambición por lograr la autonomía y solidez disciplinaria deseada; pero en la docencia también y sin duda, por evitar la incomodidad que conlleva el espíritu crítico. En situaciones así la tentación de considerar el conocimiento como estable y bien definido es muy fuerte, al igual que la consecuencia de entender la docencia como simple acto de comunicación. El espíritu inquieto y práctico, en cambio y por fortuna, logra mantenerse alerta; atisba las fisuras, la inconsistencia y la inoperatividad de visiones fortificadas en su sola coherencia interna y pretendido rigor científico.

La coexistencia de distintas interpretaciones de lo que nos proponemos estudiar aviva necesariamente la investigación y el redimensionamiento de nuestras seguridades, tanto en sus contenidos como en sus formas. En momentos como los que estamos viviendo, precisamente por los formalismos y la vacuidad imperantes, reviste tal vez mayor importancia distinguir el objetivo de los discursos, la búsqueda de su sentido. Esto parece urgir mucho más que la clasificación del tipo de discurso en que tiene lugar o la clasificación del medio en que esa manifestación se realiza.² Más allá de celos territoriales disciplinarios, conviene interesarnos en indagar hasta qué punto otros discursos vienen construyendo respuestas o partes de respuestas a los interrogantes que nos inquietan. Nuestras necesidades no se restringen a lo estudiado en un campo disciplinario, y en el in-

2 Esto, sin duda, exige tanto del docente como del discente mayor compromiso. Implica una visión de lo que se está haciendo y demanda también una respuesta a nuestros problemas reales.

tento de darles respuesta, con frecuencia recurrimos a varios de ellos que en la solución del caso se sustituyen, entrelazan y complementan. En este sentido, la literatura ha dado respuesta, en más de una ocasión, a inquietudes que no encontraban resolución en el discurso filosófico. Lo que no nos conduce a decir que la literatura sea mejor que este último. En estos casos, no es que se trate propiamente de reemplazar a la reflexión en su forma más depurada, sino de poder dar respuesta, de alguna manera, a nuestras inquietudes prioritarias, —mediante otros recursos hasta ahora inadvertidos, como la narración, los símbolos, las metáforas— como las de saber quiénes somos y a dónde queremos llegar.

¿CÓMO AFRONTAR ESTA VIEJA CUESTIÓN?

Los nexos entre filosofía y literatura no son nuevos, aunque en las últimas décadas el interés por esta relación ha sido creciente, sobre todo desde el campo de la misma filosofía, tal vez porque ahora los criterios para construir una visión de lo real tienden a definirse cada vez más en términos de transición, de construcción problemática de la realidad, de la identidad, etc. Por otra parte, la filosofía y la literatura han ocupado sin duda un lugar privilegiado desde el que hemos podido asistir al rápido despliegue de la heterogénea actualidad en que es relativamente fácil perder el horizonte o, todavía más, construir uno. Éstas dos, sobre todo la literatura, han sido disciplinas particularmente sensibles a una perspectiva amplia, que con-

lleva contradicciones, repetidos cambios y diversidades que han motivado un renovado interés por espacios y procedimientos interdisciplinarios. En los últimos decenios, se ha revitalizado la conciencia de que el logos se articula desde distintos ámbitos y modalidades discursivas que ven penetradas sus fronteras construidas con empeño a lo largo del tiempo, de manera que es relativamente fácil ver alguna cuestión filosófica implícita en un escrito literario, de la misma manera que los escritos de corte filosófico pueden incorporar cuestiones que proceden de un discurso literario.³ En nuestros tiempos, que algunos consideran post-metafísicos, signados por una fuerte presión de escepticismo, es oportuno plantearnos algunas cuestiones como las siguientes: ¿Qué se busca con la exigencia de una formación integral? ¿Cómo alcanzarla? Estas preguntas surgen de manera espontánea en ámbitos universitarios, pero plantearlas implica también considerar qué son las diferentes disciplinas y cuáles son sus alcances. La necesidad de hacer estas reconsideraciones conduce necesariamente a ocuparnos también de sus procedimientos y contenidos, y de algo más, porque también pone sobre la mesa, entre otras cosas, la concepción tradicional de crítica, al menos de la crítica como fue formulada en el pensamiento moderno para hacer avanzar la razón y hacer aceptables sus principios.

Desde la época clásica se ha planteado con vivo interés la intersección entre las distintas modalidades de decir y de construir sentido. A lo largo de más de dos milenios, la cuestión se

3 Se conocen textos filosóficos que por algunas de sus características son también vistos como literarios. Son todavía más los escritos considerados como híbridos que en el ámbito literario están integrados por prosa, verso y desarrollos que bien pueden mezclarse con otras disciplinas como la filosofía. No es difícil encontrar planteamientos filosóficos cuya expresión recurre a medios no conceptuales, como la narración, los símbolos, las metáforas. Se ha dicho que en el caso de Heidegger la comprensión de sus textos no sólo deriva de lo que dicen, sino además de lo que muestran, más allá del significado lineal-proposicional de lo enunciado (Serna, 2004: 11) Otros filósofos se valen de recursos como la ejemplificación, que tiempo atrás era excluida por la tradición metafísica y confinada al ámbito menos apreciado de la retórica; sus textos se caracterizan por la generosa utilización de figuras literarias (paradoja, ironía, metáfora) que dan lugar a una lectura interactiva a través de la formación intelectual y la sensibilidad del lector. Tanto la demarcación disciplinaria como la genérica sufren intrusión semejante a la de los territorios nacionales.

ha continuado de diferentes maneras, y hasta la fecha, en algunas universidades, por ejemplo, se mantiene el nombre de Filosofía y Letras para designar una de las principales actividades que éstas desarrollan. En nuestro tiempo, la problemática de las relaciones entre estas dos disciplinas se ha incrementado en razón de la creciente diversidad de conocimientos y campos disciplinarios, de manera que hoy tenemos posturas muy dispares sobre cómo llevar a cabo tal relación. Una manera de entenderla, y tal vez la más compartida ahora, es la que alterna continuidad y discontinuidad entre discurso filosófico y discurso literario. Se trata de una tendencia, diríamos que no deliberada, al plantearse por primera vez la posibilidad de construir formas discursivas que cuestionan el valor y eficacia de los límites convencionales entre conocimiento y ficción; sobre todo en casos en que las actividades poseen una vertiente creativa y a la vez una faceta reflexiva. Pero se trata de una perspectiva que va más allá de los resultados de un análisis de las posibilidades de complementación y de los obstáculos de contraposición entre las dos disciplinas. Abarca algo más que una mera yuxtaposición de puntos de vista de dos campos y de sus procedimientos respectivos; no consiste tan sólo en un agregado de discursos, ni siquiera en la superposición de secciones de ambos. La dirección que parece ofrecer mayores posibilidades es la de un tipo de intercambio o mutua influencia que, como es de esperar, aportará algo a cada una de las disciplinas. Se



trata de un nuevo punto de vista sobre ellas, o de la invitación a volver sobre cuestiones que, cada una por separado, afrontan como problemas de difícil resolución.

Christiane Schildnecht (en López de la Vieja, 1994), por ejemplo, pone a consideración y analiza algunos ejemplos de presentación que aparecen en textos filosóficos. En su artículo habla de textos no ficcionales a los que se suele clasificar en una posición intermedia entre textos científicos con una función referencial, y textos literarios en que, en cambio, se da la mostración de sentido. Frente a quienes limitan la verdad del conocimiento a la verdad proposicional, pero también ante los que mantienen una posición contraria (como los deconstruccionistas), Schildnecht propone una noción ampliada de filosofía en términos de complementariedad con otras disciplinas, al señalar que también la filosofía hace uso de argumentos mostrativos, y no sólo de argumentos demostrativos.

Por otra parte y como reacción a la teoría emotivista que concede a la literatura algunas funciones en el ámbito de los conocimientos, Gottfried Gabriel (en López de la Vieja, 1994) también sostiene el valor cognitivo de la litera-

tura. Este autor parte del campo de la literatura y sostiene que los textos literarios de ficción pueden aportar verdad en un sentido amplio, a pesar de tratarse de obras de ficción. Gabriel defiende el valor cognitivo de la literatura desde bases semánticas y dice que los textos científicos y el discurso cotidiano refieren y dicen, mientras que las obras literarias muestran y transmiten conocimiento —pese a mantener en suspenso las reglas de sinceridad, de argumentación y de consecuencia—, si se admite que “mostrar” es también un acto de significado legítimo.

Los esfuerzos dedicados a aclarar la cuestión van en aumento y esto indica que se trata de un problema de amplia preocupación, de un caso que sigue abierto porque lo vivimos con frecuencia.

La cuestión que nos ocupa es insoslayable en nuestros días. Por una parte, como ya lo hemos dicho, nos damos perfecta cuenta de que el discurso filosófico se sirve con relativa frecuencia de recursos complementarios a fin de aportar densidad a su estructura conceptual; recursos tales como la narración y la metáfora. Esto, además, no es algo limitado a la filosofía: La misma ciencia moderna recurre a estos medios, ¿no acaso el término “gravitación” en el ámbito científico es la manera metafórica de referirse a algo? ¿No sucede algo semejante con la visión común, y considerada natural, del espacio? Borges señalaba que el espacio es un incidente en el tiempo y no una forma universal de intuición, como lo proponía Kant. Hay, agrega Borges (1980), provincias del ser que no lo requieren: las de la olfacción y audición. Por otra parte, en literatura hay algo parecido, principalmente en la novela, donde todo cabe. En ella encontramos textos de características muy semejantes a las de los planteamientos de los que se ocupa la filosofía.

En nuestro país y en nuestros días, esta relación se experimenta en la propuesta de interdisciplinariedad con la que se busca algún

cambio en los puntos de vista de cada disciplina. Entre otras cosas, en la interdisciplinariedad el criterio de género disciplinario tiende a ser sustituido por el de funcionalidad, en cuanto las relaciones entre discursos se centran en la capacidad heurística facilitada por las aportaciones de diferentes recursos y procedimientos. Desde esta perspectiva, la calidad del nexo entre filosofía y literatura, en efecto, depende en forma muy estrecha de ver si éste contribuye en modo efectivo a una comprensión de mayor precisión de las experiencias teóricas y prácticas. Experiencias tal vez poco inteligibles desde una sola perspectiva o disciplina. Por supuesto que en todo esto hay razones epistemológicas en juego; pero también, y sobre todo, las hay prácticas. La interdisciplinariedad termina a veces por cuestionar las clasificaciones, en especial cuando se convierten en obstáculos para la actualización y pertinencia de formas y contenidos, pero sin olvidar que las fronteras disciplinarias son ciertamente útiles como recursos metodológicos. En nuestros días, algunos se pronuncian contra la búsqueda interdisciplinaria; otros la defienden, aunque con argumentos todavía no muy convincentes. Aquí no nos ocuparemos de esta propuesta, sino sólo de algunas perspectivas sobre la relación filosofía-literatura.

Desde el principio, la literatura fue inducida a una actitud defensiva que derivaba de la cuestión de si, y cómo, podría transmitir verdad y conocimiento. De modo que su defensa consistía a menudo en mostrar que había un lugar disponible para ella en el ámbito del conocer; un espacio no ocupado aún por la ciencia y la filosofía. Considerado el caso históricamente, lo psíquico y lo social fueron lo último que a ese ámbito estaba reservado, y en el siglo XVIII autores como **Fielding** y Sterne fueron relevantes por sus observaciones de naturaleza psicológica y sus análisis de la naturaleza humana. En el siguiente siglo, otros autores, como E. Zola, fueron apreciados por su perspicacia so-

ciológica y sus análisis de la sociedad humana. En el siglo XX la relación de la literatura con las ciencias llegó a ser más problemática, en tanto que existen ciencias especiales que se ocupan de lo psíquico y lo social: la psicología y la sociología.

La filosofía ciertamente ha venido realizando desde siempre considerables esfuerzos en su precisión conceptual, así como en el mantenimiento de características y procedimientos considerados como propios, pero también en tiempos recientes ha venido mostrando una clara disposición a nuevos planteamientos, y el debate sobre los discursos le ha resultado benéfico. En esa apertura ha retomado propuestas sobre la racionalidad, la relación entre dialéctica y retórica, el estatuto de la ficción, los tipos de conocimiento y de verdad; el potencial reflexivo que contienen las narraciones, la subjetividad y su configuración moderna; la relación entre el orden simbólico y el orden de la representación, etc. La abertura en el campo de la filosofía se presenta sin duda como una oportunidad excepcional para reconsiderar los diferentes espacios disciplinarios y sus funciones en las que entra en contacto con otras. Sin embargo, también hay posturas renuentes a esta complementación.

UNA POSTURA ADVERSA

A partir del proceso de descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial, el multiculturalismo alcanzó mayor aceptación, al mismo tiempo que declinaban algunos de los ideales de la Ilustración. Perdió importancia el modelo de mundo que se pensaba giraba alrededor de un centro; decayó la idea del universalismo fundado en la idea de un solo dios, al igual que la de un hombre tipo, y conceptos como los de historia universal. Desde entonces, las diferentes disciplinas humanísticas aportaron cada vez más evidencias sosteniendo la diversidad. Desde esos años, reivindicar el univer-



salismo no ha sido tarea sencilla; sin embargo, en este mundo de las diferencias se sigue defendiendo también la universalidad de criterios para dirimir diferencias y construir acuerdos. Posición ciertamente ardua, porque supone la universalidad del método, que implicaría una determinada relación del investigador con el asunto, al margen de las circunstancias. Pero en nuestros días no se acepta que se pueda hablar de algo "así no más"; uno habla de algo con alguien y a veces con respecto a alguien, como en efecto ha sido verificado tanto por la lingüística postsaussuriana como por la misma filosofía. Si bien con Saussure el estudio del lenguaje se confinó al hablante-oyente ideal, a una especie de arquetipo y la *performance* fue desplazada a la periferia, sin embargo, esta situación fue pasajera, porque con la lingüística pragmática las cosas cambiaron, y tanto la lengua como el hablante-oyente ideal no resultaron más que una abstracción. Lo real es la comunicación que se realiza a través de actos de habla: del habla que transcurre en determinadas circunstancias, en determinados contextos.

En este orden de ideas, Habermas (1992, I: 17) defiende un sistema que aparece en forma de racionalismo occidental, pero que, allende la peculiaridad de esta determinada cultura, reclama validez universal y, por tanto, es vinculante para todo "hombre civilizado". Esto lo dice sabiendo que los intentos de fundamentación última en que perviven las intenciones de la filosofía primera han fracasado, por eso reivindica el protagonismo del contexto, en consonancia con los nuevos paradigmas de la lingüística y la filosofía. Este filósofo señala que siempre ha existido el problema de cómo asegurar, dentro de la diversidad de situaciones sociales de acción y de esferas de la vida, la unidad del mundo de la vida, de modo que se propone hablar de éste como de un horizonte universal para la comprensión comunicativa, en el que sería posible la comprensión y el acuerdo de las diferencias. Pero no todos reconocen esta expedita vía habermasiana para alcanzar acuerdos y, en contraste, dan relevancia a la diversidad de contextos. Para Habermas el reto consiste entonces, en sustentar la unidad del "mundo de la vida" a pesar de la insistencia de otros en su diversidad (hermeneutas y deconstruccionistas). En su intento por preservar el universalismo suficiente para salvaguardar el proyecto político-filosófico de la Ilustración, Habermas dice que la acción comunicativa ocurre de cara al "mundo de la vida". Un mundo en que no sólo hay continuidad, sino además progreso. Por ello es posible preservar los alcances ecuménicos del proyecto político-filosófico de la Ilustración, en tanto los mundos de la vida más atrasados serían explicados, discutidos, valorados a partir de los más adelantados. En su visión de la unidad en la diversidad de contextos, explica de esta manera los acuerdos conquistados por los participantes en el diálogo. Éstos se dan porque: "Los procesos mediados por el lenguaje, como son la adquisición de saber y la tradición cultural, la formación de identidades indi-

viduales y colectivas, la socialización y la integración social resuelven problemas que se plantean en el mundo" (Habermas, 1989: 247). Este punto llama la atención de manera especial, porque, según el filósofo, no todos los procesos comunicativos conducen a la resolución de problemas. Líneas más adelante dice: "Los correspondientes sistemas culturales de acción administran las capacidades de resolución de problemas de forma similar a como el arte y la literatura las capacidades de abrir mundo" (Habermas, 1989: 249). Así, según este pensador, la literatura es un proceso mediado por el lenguaje con una función específica: A la literatura no compete la resolución de problemas; su competencia es la de abrir mundo. Lo sabemos: Ésta es efectivamente una distinción ampliamente aceptada. La literatura crea en la imaginación posibilidades de realidad, pero no sólo eso, ni lo hace de manera fortuita, como se ha demostrado en algunas investigaciones.

J. L. Austin estudia los actos de habla que no sólo dicen, sino que, además, hacen. Este investigador distingue entre acto locucionario, elocucionario y perlocucionario, y atribuye un estatuto especial a los enunciados literarios al decir que: "... una expresión realizativa sería hueca o vacía de un modo peculiar si es formulada por un actor en un escenario, incluida en un poema o dicha en un soliloquio (...) En tales circunstancias el lenguaje no es usado en serio, sino en modos o maneras que son dependientes de su uso normal" (Austin, 1990: 63).

Es necesario tener presente esta distinción que hace Austin entre lo serio y lo no serio para distinguir la perspectiva en que se mueve Habermas (1992, I: 427), quien trata las acciones dramáticas de manera semejante. Serna (2004: 103) señala que en ella se basa otro autor, R. Ohmann, para distinguir la literatura de otros procesos comunicativos:

[...] si atendemos a los actos ilocutivos, podremos identificar una ruptura cognitiva perfectamente clara entre literatura —poe-

mas, obras de teatro, novelas, chistes, cuentos de hadas, fantasías, etc.— y discursos que no son literatura. Las obras literarias son discursos en los que están suspendidas las reglas ilocutivas usuales. Si se prefiere, son actos sin las consecuencias normales, formas de decir liberadas del peso usual de los vínculos y responsabilidades sociales (Ohmann, en Van Dijk *et al.*, 1987: 44).

Habermas dice de manera manifiesta su punto de vista y asume que los enunciados literarios carecen de fuerza ilocucionaria: “La neutralización de la fuerza ilocucionaria torna virtuales las relaciones con el mundo (...) y exime a los participantes en la interacción de entenderse sobre algo en el mundo (...) para poder así coordinar sus planes de acción y, con ello, contraer obligaciones relevantes para la secuencia de la acción (Habermas, 1989: 243).

Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que Habermas no sigue en todo al autor de *How to do Things with Words*; en su manera de tratar la cuestión se separa de Austin, para quien los enunciados literarios no sólo son una expresión hueca y vacía, sino que, además, los incluye en los usos “...‘parásitos’ del lenguaje, que no son ‘en serio’ o no constituyen su uso normal pleno” (Austin, 1990: 63). Habermas no va tan lejos. Retoma la concepción de literatura expuesta por Jakobson en la que se consideran los enunciados literarios como auto-referenciales. Entonces dirá con una formulación positiva que “los enunciados literarios poseen una vocación locucionaria únicamente”. Así, puede decir llanamente que la “apertura de mundo” que ofrece la literatura se da en lo narrativo, en lo metafórico, de manera que al ser compuesta por elementos retóricos, éstos son los que hacen de esta “apertura de mundo” un fin en sí misma, la hacen de una condición diametralmente opuesta a la de disciplinas (la ciencia, el derecho, la técnica) que están en condiciones de provocar mutaciones en el “mundo de la vida”. En pocas palabras, por esta vía no se

llega sino a dar una explicación del concepto de literatura que es predominante en la sociedad contemporánea.

Podemos ver que aun cuando en las obras de Nietzsche, Heidegger, Derrida... los recursos literarios adquieren un protagonismo de primer orden, la tendencia a prescindir de ellos tiene todavía partidarios, y esto conduce no sólo a mantener separadas filosofía y literatura, sino también a mantener marginada a la última y restarle importancia gnoseológica. En resumen, podríamos decir que como están las cosas, mientras la filosofía se ocupa de descubrir el orden del mundo, en la opinión generalizada la literatura se ocupa sólo de inventar mundos dando vuelo a la pura imaginación.

En la antigüedad, Platón consideró el arte como copia de una copia. En la modernidad, el arte fue visto como expresión de la subjetividad, y a partir del reconocimiento de esta última, se asumió el mundo como contenido por nosotros. Y desde entonces se hizo evidente que el lenguaje (léxico, hábitos lingüísticos) no es neutral, que el mundo es para nosotros un mundo —como lo reitera Serna— apalabrado, y que el hombre, asumido como red de significados y sentidos se reconstruye al reconstruir el mundo. Desde esta perspectiva nos damos cuenta de que no sólo la lectura de un tratado científico o filosófico puede alterar nuestra red de significados y sentidos, sino que esto puede ocurrir también con la lectura de una novela, de poesía u otra forma literaria, como trataremos de esbozar más adelante.

Hay que tomar en cuenta que en el siglo XX los filósofos ya no hablan sólo de razón pura y se ocupan de juegos de lenguaje (el último Wittgenstein). No hablan sólo de demostración lógica, sino también de argumentación retórica (Perelman). La filosofía empieza a ser proclive al pluralismo, como siempre lo ha sido la literatura, y más que aspirar a la verdad única o última, se mueve en el horizonte abierto del porvenir. Porque las fronteras entre filosofía y

literatura se difuminan, a veces la literatura tolera, induce, incita a formular preguntas que los textos filosóficos soslayan.

Sin embargo, y aunque los puntos de encuentro entre filosofía y literatura son prácticamente indiscutibles, no por ello podemos decir que desaparecen sus diferencias. Lo propio del filosofar se sigue viendo como su disposición a repensar los presupuestos y los fines; la literatura, en cambio, se sigue ocupando principalmente de la construcción de mundos posibles, aunque no se limite a ello. Pero no falta también la filosofía que se ocupa de la creación de mundos posibles, al igual que hay obras literarias que, comprometidas con sus circunstancias, toman distancia del arte encerrado en sí, de la auto-referencia. Este entrecruce es posible por la sencilla razón de que una obra literaria transmuta las anécdotas en episodios prototípicos que si bien suceden a otro, pueden muy bien sucederle a cualquiera. Por este motivo, por ejemplo, la novela nos aproxima a nuestros semejantes.

UNA CUESTIÓN FILOSÓFICA PLANTEADA TAMBIÉN POR LITERATOS

Borges decía que a diferencia de como lo asumimos comúnmente, el espacio no es sino un incidente en el tiempo. Metafóricamente hablando, decía que nuestra sustancia no es el espacio, sino el tiempo: el tiempo del hombre y no otro. En otras palabras, este escritor sostenía que mientras el periplo de la roca, de la planta, de las bestias se reduce a una sucesión de presentes en riguroso orden, dando lugar a la concepción del tiempo sometido al espacio —tiempo espacializado, según Whorf—, el hombre, en cambio, habita innúmeros presentes: Su simultaneidad, de acuerdo con Heidegger. En esta simultaneidad, un presente procede de los sentidos; otros, constituyen la inercia de lo sido, y otros más prefiguran lo por venir. Si a unos los llamamos pasado, futuro a los últimos y sólo presente al primero, esto constituye una imprecisión, facilitada porque en Occidente hizo carrera la concepción del tiempo como serie de instantes, propia del ámbito físico-biótico, y no la comprensión del tiempo como simultaneidad

de presentes, peculiar del ámbito socio-cultural, cuya formulación debió esperar hasta Heidegger. Esta concepción del tiempo como serie incidió de manera decisiva, según lo constatamos en el desarrollo de nuestros ámbitos lingüísticos, de manera que en el discurso, en el texto, procedemos palabra por palabra, fijamos



la atención en éstas en el mismo orden en que aparecen, y reducimos el discurso a un orden lineal, de la misma manera que hemos hecho con el tiempo. De aquí la complicidad entre la concepción "espacializada" del tiempo y la concepción lineal del discurso: la última fomenta la supervivencia de la primera.

Vivimos la simultaneidad de presentes a cada instante. El hombre alterna rencores y nostalgias con deseos y temores proyectados por determinada percepción sensorial, de ahí que la lectura de un texto se avizore como algo mucho más complejo de lo que a veces suponemos. La atención prestada a la palabra leída en sucesión alterna con las resonancias semánticas inducidas por palabras o textos precedentes y con las expectativas propias de su red de significados y sentidos —de su "precomprensión de mundo", según Gadamer— nos entreteje e intensifica la atracción de la lectura. Cada palabra nos abruma por su carácter polisémico de naturaleza no lineal. Esto empieza a tomarse en cuenta en la *Retórica General* del Grupo μ de Lieja, y se sostiene que "Estas agrupaciones de semas que constituyen las palabras están desprovistas de orden lineal" (Grupo μ , 1987: 159). De manera que la linealidad del discurso queda reducida a un simple fenómeno acústico o visual gráfico.

Otro autor sostiene que "Cada enunciado está lleno de ecos y reflejos de otros enunciados" (Bajtín, 1999: 281). Según éste, cada palabra es el punto donde se cruzan múltiples tradiciones, de manera que cuando escuchamos un discurso o leemos un texto, cuando concebimos, por ejemplo, un pensamiento en el que aparece la palabra "muerte", lo asociamos de muchas maneras. Es entonces justamente la reverberación de las resonancias semánticas en cuestión la misma que nos lleva a gestar sentidos que trascienden el contenido proposicional del discurso; sentidos que rompen su orden gráfico lineal.

La concepción lineal del discurso también es desmentida en otros casos. Luis Garagalza

afirma que "la lectura lineal del mito no revela más que sin-sentidos, simplezas o sofismas" (Garagalza, 1990: 93). De manera que la persistencia en solapar la química entre las palabras y la reverberación de los semas inducidos por los actos de habla no puede sino incitar a avivar la búsqueda y vislumbrar innovaciones. Los diccionarios, por otra parte, comprometen las palabras con determinados semas, y en este sentido la lógica aristotélica va todavía más lejos: no sólo reduce la palabra al concepto y limita el sentido del texto al significado proposicional de los enunciados considerados en un orden, sino que además reivindica en el silogismo el método por excelencia del discurso racional.

Si no se reduce la palabra al concepto, si no se la compromete sólo con determinados atributos, surge entonces naturalmente la polisemia, de modo que la reducción del sentido que puede ofrecer un discurso, un texto al significado proposicional de los enunciados contenidos en él, no aparece sino como arbitraria (Ducrot, 1988: 80).

LA LITERATURA APARECE EN ESCENA

En esta debatida cuestión se abre camino paulatinamente una posición que podríamos llamar intermedia, porque considera que aunque la lengua es un producto cultural, sin embargo, una vez que se ha consolidado determinado léxico, determinados hábitos lingüísticos, éstos también condicionan la actividad intelectual cuando parcelan la existencia, el mundo; cuando definen las vías canónicas para su construcción, en detrimento de aquellas que pudieran resultar de mayor pertinencia. Éste es propiamente el espacio de la literatura que al margen de la simplificación del mundo operada por el lenguaje conceptual, por el "estilo plano" oficial, ofrece otras posibilidades. Los poetas, los narradores han venido dando cuenta de un hom-

bre que no es recortado a la medida de la lógica oficializada, como lo señala Kundera refiriéndose al caso de la novela: "El espíritu de la novela es el espíritu de la complejidad. Cada novela dice al lector: 'las cosas son más complejas de lo que tú crees'" (Kundera, 1994: 29).

Para registrar, expresar, gestar la complejidad en cuestión, el creador literario se vale de algunos recursos como los siguientes:

- Logra una creación de significado y sentido mediante la utilización de figuras retóricas y muy en particular de metáforas para suplir las deficiencias derivadas del universalismo del lenguaje en general, y del sustantivo en particular, en su condición de nombre común, dado el carácter del hombre como ser histórico, como ser abierto a un horizonte de posibilidades, y cuando acciones semejantes son realizadas por individuos diferentes con énfasis variados.
- En virtud de la utilización de términos ricos en resonancias semánticas, y a través del diálogo o de la lectura y en particular de su vocación interactiva, el creador literario hace posible una serie de sentidos que trascienden el significado proposicional del acto de habla, los mismos que contribuyen a detallar, precisar, complementar el mensaje.

El caso particular de la metáfora merece mayor atención por la frecuencia con que se recurre a ella y por las ventajas que ofrece. Esta figura ha sido excluida de trabajos académicos obedeciendo a una tradición que se remonta hasta Aristóteles, quien, además, la relegó a la retórica, clasificada como un saber de segunda clase, que únicamente puede aspirar a lo verosímil. Este filósofo no legitima su uso en el ámbito científico: "Aristóteles considera las metáforas como apropiadas, correctas, ingeniosas, motivadas, pero se niega a considerarlas verdaderas" (Bustos, 2000: 48). En los albores del racionalismo se dieron posturas que la consideraron un auténtico peligro. Locke, por ejemplo, señala que las figuras de lenguaje "no sir-

ven sino para insinuar ideas equivocadas, mover las pasiones y para seducir así el juicio... Y, por lo tanto... deben ser evitadas en todos los discursos que tengan la intención de informar e instruir." (Locke, 2000: 53).

En contraparte, podemos decir que en la práctica no sólo utilizamos metáforas para remediar la inopia léxica, adicionar ornato o atribuir cualidades antropomorfas a los seres inanimados, sino también para reivindicar los casos particulares (resonancias semánticas). Algo semejante sucede con otros recursos expresivos, como la ironía, la publicidad o el *graffiti*, que no sólo valen por lo que dicen desde un punto de vista proposicional, sino además por lo que muestran en el evento de su comunicación.

Si la aplicación de la metáfora añade a la frase, al discurso, componentes cognoscitivos no incluidos en los términos que sustituye, ésta reivindica la plasticidad de la palabra, trasciende el universalismo del lenguaje. Si la metáfora trasciende lo dicho proposicionalmente, rompe con la concepción del discurso visto como lineal-proposicional, y esta ruptura va en detrimento de la aplicación indiscriminada de la lógica limitante.

ECOS EN LA EDUCACIÓN

No hay vacilación en decir que lo que a un universitario preocupa en el ámbito académico está casi siempre relacionado con su actividad en el aula. Las inquietudes expuestas en estas líneas nacen precisamente de la docencia.

Ahora bien, continuando con la temática de este trabajo, podemos decir que si el mundo para nosotros es un mundo construido en parte por nosotros (y apalabrado), es evidente que el proceso educativo no sólo forma parte de nuestra capacitación, de nuestra formación intelectual, sino que además juega un rol de primer orden en la construcción de la red de significados y sentidos en la cual transcurre nuestra exis-

tencia. Y en esa medida, la reivindicación del “estilo monocorde” en el discurso académico, que propicia miopía ante las diferencias, opera una simplificación del mundo, y fomenta, además, una actitud proclive al autoritarismo, que sirve de modelo al individualismo. Si la concepción del hombre como ser histórico —en el que alternan, se solapan, se superponen una multiplicidad de experiencias acumuladas, de expectativas proyectadas— reivindica la complejidad, no podemos menos que atender el desafío.

Es necesario reivindicar la pertinencia de los recursos literarios en la formación, aunque la academia haya hecho del lenguaje conceptual, del discurso lineal-proposicional el modelo a seguir. En virtud de la plasticidad de las palabras, de la “química” entre ellas, de la reverberación semántica de sus significados y sentidos, los recursos literarios no sólo potencian



la imaginación, sino que además resultan imprescindibles a la hora de recuperar las diferencias, de abordar la complejidad inaudita de la existencia; la misma que se explica a partir de la concepción del tiempo como simultaneidad de experiencias, no así en su concepción “espacializada”.

Nuevamente Borges nos indica una vía al diferir de antecesores que han ofrecido una imagen coherente, consistente, cuando no sistemática del tiempo, y al dar cuenta de su condición paradójica. El escritor no lo hace mediante una robusta teoría, sino a través de poemas y relatos en que el tiempo juega un papel protagónico, como en el ejemplo siguiente:

todo lo arrastra y pierde este incansable
hilo sutil de arena numerosa.

No he de salvarme yo, fortuita cosa
de tiempo, que es materia deleznable
(Borges, 1989-1996, II: 190)

Borges se quejó del carácter irreversible del tiempo, del tiempo que todo lo quita, y pretendió reivindicar la eternidad para conjurarlo, a la cual, en un momento único y fugaz, la percibió a su manera. No obstante, reconoció en el carácter irreversible del tiempo, del tiempo que sacrifica infinitas posibilidades a favor de unas pocas, un escollo todavía mayor. Fue cuando reivindicó la autonomía del instante, sostuvo la irrealidad del tiempo y descreyó de su irreversibilidad. Porque a diario experimentamos el tiempo, la cronología, Borges descalificó su intento, y al final podemos preguntarnos: ¿Qué revelan sus textos relativos al tiempo? No

otra cosa sino su condición paradójica. Las versiones de la eternidad formuladas por filósofos no lo dejaron satisfecho; intentó entonces su propia versión, y aunque la eternidad constituya un antídoto contra la irreversibilidad del tiem-

po, no se acaban con ella sus dificultades. Más grave que la irreversibilidad del tiempo considera Borges su condición unidireccional. Muchas cosas, infinitas cosas —dice— dejan de ser, se sacrifican para que unas pocas sean. Unas veces las selecciona el azar; otras, el cálculo; pero en cualquier caso, muchas de las que nosotros quisiéramos no llegan a ser.

Borges nos hereda un buen ejemplo de didáctica. En él se funden la sensibilidad del poeta y la profundidad del pensador que no se detiene en las verdades establecidas y acabadas. En sus páginas campea la humana inquietud y se da cuenta de la participación de las diferentes facultades humanas en la búsqueda, sin dar el predominio a ninguna de ellas, porque aisladas no pueden ser sino de alcances reducidos y, con frecuencia, mixtificadores. En la cuestión del tiempo da cuenta de cómo cada facultad trama su concepción, cada una a su manera: el deseo como eternidad; la percepción como instante; el razonamiento como tiempo lineal; la memoria como tiempo circular; los sentimientos como pasado; la libertad como futuro. El tiempo, en síntesis, según este escritor, no se deja organizar y es terreno fértil para las paradojas. Si hemos conocido algunas concepciones sistemáticas del tiempo ha sido al precio de reducir el hombre a un medio-hombre que escucha únicamente una de sus facultades y se hace sordo ante las demás.

Borges nos hace presente que el poeta no sólo potencia, induce, altera sentidos a través del uso del lenguaje. Nos dice que también toma en cuenta las potencialidades semánticas de los fonemas que hacen concebibles otras posibilidades de realidad. Y nos dice que cuando el tiempo nos arrebatara y consume, en realidad somos nosotros mismos quienes lo hacemos: Somos el tiempo. La conclusión no es menos simple que categórica. Si el tiempo es una construcción del hombre, al construir el tiempo, el hombre se reconstruye a sí mismo, y lo hace como ser temporal. Por ello alterna en él la plenitud del

instante con la fugacidad del presente; la privación del pasado con la persistencia de sus efectos; la inexistencia del futuro y el deseo que lo anticipa.

LA LITERATURA, CÓMPLICE DEL TIEMPO

En la retórica clásica, hemos mencionado, figuras como la metáfora carecen de valor cognoscitivo, y su utilización obedece a que enriquecen el discurso con cualidades del tipo de lo vigoroso, lo majestuoso, lo artificioso que en general se conoce como ornato, y que el orador y el escritor utilizan para persuadir al auditorio, al lector (se trata de una especie de soborno). Pero desde Nietzsche para acá, sobre todo Heidegger, Rorty... atribuyen a la forma literaria en cuestión un valor cognoscitivo, superando la concepción de la retórica clásica.

Por otra parte, mientras la lógica se propone reducir las palabras a conceptos, reprimir su polisemia y asumirlas como universales, la poesía, en cambio, hace uso de las figuras retóricas para abordar situaciones concretas y ahondar en ellas. Lejos de tener un fin en sí misma, la polisemia provocada por la utilización de figuras retóricas remite a la complejidad del ser humano. Ya Humboldt decía que

...cuando se trata de ideas más profundas o de sentimientos más íntimos, concedemos a las palabras una significación que desborda, por decirlo así, su acepción común, un sentido o más amplio o construido diversamente, y el talento de hablar y de escribir en este caso consiste en hacer sentir lo que no se halla inmediatamente en las palabras. (Humboldt, 1972: 87)

A fin de cuentas, queda claro que el poeta debe hacer alarde de su ingenio para dar cuenta de los diferentes matices, de los dispares pliegues y repliegues de la existencia, allá donde el inventario de palabras a su disposición y los giros acuñados por la tradición resultan insuficientes. La literatura no es una simple diver-



sión. Ello fue reconocido por el mismo Aristóteles cuando advertía que el dominio de la metáfora era "lo único que no se puede tomar de otro, y es indicio de talento." (Aristóteles, 1988: 214, 1459^a, 7-8)

El sentido proporcionado por un poema no equivale, entonces, a la suma de los sentidos inducidos por sus diferentes versos o sus proposiciones; es menester reconocer, además, la existencia de resonancias semánticas de origen holístico. En el poema, la unidad alterna con la discontinuidad de los versos, y ello no puede menos que configurar el más propicio de los géneros literarios para dar cuenta de las paradojas, cuando allí, los contrarios, lejos de excluirse, se superponen. María Zambrano (en Baena, 2004: 14) dice que la poesía ha recogido la función antes reservada a la filosofía, de redimir la queja de lo que clama escondido o sofocado, de lo que gime condenado y no conocemos; en otras palabras, dice que la unidad con que sueña el filósofo solamente se da en la poesía. El poeta es siempre uno y no está escindido. De ahí la legitimidad de lo poético.

La poesía no es sólo recurso mnemotécnico: produce deleite estético, comparte con los diferentes géneros literarios la utilización de una serie de figuras retóricas por medio de las cua-

les entra en condiciones de detallar las diferencias, pero sobre todo se presta mejor que ningún otro género literario a dar cuenta de la vocación paradójica de la existencia. La poesía nos transparenta como paradoja: Porque en cada momento somos esto o aquello, asumimos determinado rol, en detrimento del resto. Por haber adoptado diferentes roles de cara al pasado, somos muchos. Si somos múlti-

ples, la unanimidad es la excepción; la divergencia es la regla, y así, no debe sorprendernos que queramos y no queramos al mismo tiempo.

Metafísicas, teologías, epistemologías y filosofías de la historia han sido pacientes y metódicas gestas tendentes a conjurar el tiempo o, en su defecto, a domesticarlo; han sido decididos intentos de cuadrangular el horizonte del sentido; tanteos cuyos ancestros se remontan, en la perspectiva de Eliade, hasta las culturas neolíticas. Pero también pensadores como Nietzsche, Heidegger, Derrida, el último Wittgenstein, Rorty, Nussbaum, de una parte, y la circulación de las diferencias a través de los *mass media*, de la otra, constituyen una serie de atentados contra las pretensiones de universalidad u objetividad. En esta lidia, la interinidad del acontecer se impone con el historicismo; la multiplicación de las diferencias, con el nominalismo. Es cuando se deconstruyen los dualismos (Derrida), cuando la diversidad de léxicos (Bajtín) y la inconmensurabilidad de los paradigmas (Kuhn) se revelan solidarios, cuando la lectura desplaza al texto como depositaria del sentido, cuando se hace evidente, además, su vocación interactiva. De todos estos esfuerzos se origina la reivindicación del tiem-

po, pero no el "especializado", uniformado o cronometrado; no el tiempo de las filosofías de la historia, sino el tiempo para nosotros de la temporalidad múltiple, densa, rizomática, que tiene en la narrativa su forma de expresión por excelencia y cuyos orígenes en Occidente se remontan a los rapsodas. Porque la narrativa incluye esa feliz sincronía de sonido y sentido que constituye el verso, fórmula mágica, bomba semántica; porque la narrativa se desarrolla también como novela polifónica —pluralista, socialista si se quiere, en la acepción no totalitaria de la palabra—, de acuerdo con Bajtín, conquista así sus potencialidades significativas.

Taxonomías y narrativa constituyen, entonces, dos formas diferentes de apalabrar sentido, de gestar mundo, y cada una tiene su propia ontología. Tributarias de la lógica del espacio, las taxonomías lo son del principio de no-contradicción, porque un objeto no aparece en dos lugares al mismo tiempo, ni un lugar puede ser ocupado por dos objetos a la vez, afinando así su correspondencia con el inventario de las palabras —previa una serie de restricciones aplicadas a la combinatoria de éstas últimas— como el ideal del discurso científico. Pero por otra parte también se da una temporalidad acumulativa y prospectiva (Agustín, Heidegger) en que lo sucesivo alterna con lo simultáneo y los contrarios no necesariamente se oponen, sino que en ocasiones se superponen, como acontece en la narrativa.

El hombre y el acontecer histórico son uno (Heidegger), lo dicen principalmente las ciencias sociales; de manera que no es posible ver el mundo desde afuera, observarlo desde el ojo de Dios, como ironiza Rorty y como pretendía la metafísica. Porque la historia, la experiencia es de lo particular (Aristóteles), la literatura juega al respecto un decidido rol. Cómplice del tiempo, la literatura implica personajes y contextos, y está así en condiciones de abordar la complejidad inaudita de la existencia. Antes que solapar las diferencias a partir del concepto, le es posi-

ble abundar en ellas por medio de las figuras retóricas y de la creación continua de significado y sentido. Algunas obras literarias no son inferiores al desafío de pensar, de repensar el mundo valiéndose de los medios a su disposición. Y no habiendo suscrito compromiso alguno con el "estilo plano" y sin la inocencia o la ignorancia de quienes todavía creen en la existencia de un hipotético auditorio universal, las obras literarias hacen uso de cuanto recurso retórico hay a la mano, en aras de detallar o de esculpir los episodios constitutivos de la existencia; otean el horizonte de sentido de formas inéditas en los anales de la cultura a través de los tropos; inducen sentidos no contenidos en el significado proposicional de los enunciados considerando su escritura, y cuando efectivamente opera la "química" de las palabras, toman en cuenta su reverberación semántica también; no escatiman recursos fonéticos que pueden potenciar determinados énfasis. Así, la profusión de resonancias semánticas termina por provocar una serie de efectos perlocucionarios, iniciáticos incluso,



tendientes a la reconstrucción de nuestra red de significados y sentidos.

Aunque exija del interlocutor, del lector cierta formación intelectual y aún cierta sensibilidad, corresponder a lo escrito por Borges no exigiría tanto como en el caso de Hegel, pensador paradigmático de la tradición metafísica, cuya ecuación entre lo racional y lo real abre un abismo entre metafísica y literatura, entre metafísica y cotidianidad.

Aunque todavía no sea validada, ni le haya sido asignado un rótulo, la vía de profundizar en la experiencia también a través de la literatura, es decir, de la anécdota, sin la camisa de fuerza del "estilo plano", no deja de ser una alternativa para quien no vegeta, sino vive.

Antes de concluir es preciso repetir lo señalado por Serna al final de su libro citado: los eventos, las acciones, los movimientos, la creación artística en nuestras latitudes no sólo son más personalizados, sino que en ellos las circunstancias, los elementos que entretujan la narrativa constituyen una pista que no debemos olvidar. Nuestro relativo desorden, nuestra psico-diversidad, nuestra sensibilidad de amplio espectro constituyen otros tantos correlatos de nuestra realidad.

No porque filosofar sobre la literatura sea *light*, sino porque esta práctica acude a las figuras retóricas y a otros recursos literarios para profundizar en el acontecer histórico individual y social; no porque la literatura filosófica adicione extensas digresiones de tono didáctico, sino porque se vale de protagonistas y contextos como un atajo hacia lo real, por eso es posible registrar sus posibilidades cognitivas. LC

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles (1988), *Poética*, Madrid, Gredos.

Austin, J. L. (1990), *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós.

Baena, Enrique (2004), *El ser y la ficción*, Barcelona, Anthropos.

Bajtín, M. M. (1999), *Estética de la creación verbal*, Madrid, Siglo XXI.

Benni, Stefano (2001), "Filosofía e comicità", *MicroMega*, *Almanacco di filosofia*, Núm. 5.

Borges, Jorge Luis (1980), *Prosa completa*, Barcelona, Bruguera, 2 T.

_____ (1989-1996), "El reloj de arena", en *Obras completas, El hacedor*, Buenos Aires, Emecé, Vol. II.

Bustos, E. (2000), *La metáfora. Ensayos transdisciplinarios*, Madrid, FCE.

Coletti, Lucio (1996), *Fine della filosofia e altri saggi*, Roma, Ideazione Editrice.

Ducrot, Oswald (1988), *Polifonía y argumentación*, Cali, Universidad del Valle.

Garagalza, Luis (1990), *La interpretación de los símbolos. Hermenéutica y lenguaje en la filosofía actual*, Barcelona, Anthropos.

Gabriel, Gottfried (1994), "Sobre el significado de la literatura y el valor cognitivo de la ficción", en M. Teresa López de la Vieja (ed.), *Figuras del logos. Entre la filosofía y la literatura*, España, FCE.

Grupo μ (1987), *Retórica General*, Barcelona, Paidós.

Habermas, Jürgen (1989), *El discurso filosófico de la modernidad*, Buenos Aires, Taurus.

_____ (1992), *Teoría de la acción comunicativa*, Buenos Aires, Taurus, Vol. I.

Humboldt, Wilhelm von (1972), *Carta a M. Abel Rémusat sobre la naturaleza de las formas gramaticales en general y sobre el genio de la lengua griega en particular*, Barcelona, Anagrama.

Kundera, Milan (1994), *El arte de la novela*, Barcelona, tusQuets.

Locke, John (2000), *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Bogotá, FCE.

López de la Vieja, María Teresa (ed.) (1994), *Figuras del logos. Entre la filosofía y la literatura*, España, FCE.

Ohmann, Richard (1987), "El habla, la literatura y el espacio que media entre ambas", en T. A. van Dijk et al., *Pragmática de la comunicación literaria*, Madrid, Arco.

Schildnecht, Christiane (1994), "Entre la ciencia y la literatura: formas literarias de la filosofía", en López de la Vieja (ed.), *Figuras del logos. Entre la filosofía y la literatura*, España, FCE.

Serna Arango, J. (2004), *Filosofía, literatura y giro lingüístico*, Bogotá, Universidad Tecnológica de Pereira y Siglo del Hombre Editores.

van Dijk, T. A. et al. (1987), *Pragmática de la comunicación literaria*, Madrid, Arco.

Zambrano, María (2004), "San Juan de la Cruz. De la noche oscura a la más clara mística", en Baena, Enrique, *El ser y la ficción*, Barcelona, Anthropos.